

UNA AVENTURA DE INTRIGA Y SUSPENSE
DE GABRIEL CABALLERO

PABLO POVEDA

EL ÚLTIMO ADIÓS

UNA
NOVELA DE
«CABALLERO»



Tras aceptar un reportaje, la vida del reportero se convierte en una pesadilla.

Una famosa banda de *rock*, un concierto multitudinario y una muerte accidental llevan a Gabriel Caballero a un agujero negro de celos, vanidades y disputas personales.

Caballero es sospechoso de asesinato.

Resolver el crimen es la única vía para demostrar su inocencia.

A mis lectores, siempre.

Hay que dejar la vanidad a los que no tienen
otra cosa que exhibir.

Honoré de Balzac

1

La vida me había enseñado que los días sin placer no valían tanto la pena. Ignorar el néctar de cada jornada o permitir que otra abeja se lo llevara, era como observar a otro disfrutando de una copa helada de vino blanco en una calurosa noche de agosto. Sin embargo, la vida también me había dado otras lecciones. Ni todo el monte era orégano, ni el placer era siempre tan puro como creíamos encontrar. La vanidad del ego, presente y molesta me recordaba cada cierto tiempo que ya no era el mejor de todos en mi profesión. El final de esa vida hedonista, pendenciera y libertina, un cuento de hadas que yo mismo me había creído durante años, se avistaba a lo lejos, como el bote que aparece en el horizonte de la playa, como el último día de cada mes.

En resumen: me había quedado sin dinero.

El vuelo estaba siendo tranquilo, sin turbulencias y sin acompañantes al costado, un pequeño detalle que supe valorar. Me irritaba en exceso viajar con desconocidos, y más si eran propensos a invadir mi espacio del reposabrazos, a moverse de aquí para allá, a roncar sin descaro y a hacer ruidos mientras masticaban. Me irritaba todo lo que irrumpiera mis momentos de calma, durante unas horas, en lo más alto del cielo, como también lo hacían muchas otras cosas. Pero era yo quien pagaba el viaje y mi billetera no se podía permitir un asiento en clase business.

Malos tiempos para la lírica.

Vivía un verano atípico y solitario, sin aventuras, sin aquellos romances idílicos que terminaban bajo un atardecer naranja. Un verano sin señales de vida por parte de Rojo, mi amigo el inspector de policía, quien desaparecía sin previo aviso hasta que requería mi presencia.

Los ahorros comenzaban a tocar fondo en la cuenta corriente. Mis intentos por estirarlos como una goma de mascar resultaban en vano. Las regalías de mis libros eran cosa del pasado y, aunque Alicante no era una ciudad excesivamente cara para habitar en ella, cada día me costaba más evadir la necesidad de buscar un empleo. Como no me veía regresando de rodillas a la redacción de un periódico local, probé suerte en el interior de la Península, aunque sin acierto alguno. Había rozado la fama de cerca, sin abrazarla demasiado. Nunca me había importado ser el segundo, incluso el quinto, mientras mi nombre recorría las columnas de los diarios, alimentando mi cuenta corriente, ya fuera por mis obras o por los chismes que se ventilaban sobre mí o por los distintos escándalos, en su mayoría inventados, que se relacionaban con mi persona.

Pero eso era historia y aquel verano me estaba sentando fatal.

El avión comenzó a girar. Contemplé el Mediterráneo de color esmeralda, bordeando la costa, a lo lejos, y un manto de nubes que quedaban entre el azul celeste del cielo y la distancia que nos separaba de la tierra. En el pasillo, la azafata empujaba un carrito de bebidas, llamando la atención con una falsa sonrisa, mientras los pasajeros la miraban con indiferencia o fingían estar dormidos. Busqué sus ojos almendrados y le pedí que se acercara. Después abrí la revista que nos habían dado al principio del viaje y le señalé lo que deseaba.

—Estamos llegando, señor —dijo, confundida, al comprobar que le había encargado una botellita de ginebra y una tónica—. ¿No prefiere otra cosa?

–Me aterran los descensos –contesté y sonreí. Su rostro dibujó una mueca de complicidad y asintió.

Suspiré para mis adentros, poniendo la mirada en el resplandor de los rayos de sol sobre un mar picado que se movía a cámara lenta, hasta que sentí que alguien se acercaba a mi asiento. Sin preguntar y con el mismo descaro de quien no respeta los pasos de cebra, una mujer con gafas de sol se dejó caer como un saco de arena en el asiento contiguo.

El halo del perfume rebajó el enfado, pues esa dama olía tremendamente bien y yo era un tipo de fácil convicción y de berrinches ligeros.

Además del uso de gafas de sol en el interior del avión, me llamaron la atención sus muñecas, delgadas, huesudas y llenas de pulseras, y unos dedos largos y finos que le daban cierta fineza.

Cruzó las piernas, cubiertas por la tela de unos viejos vaqueros acampanados que bebían del mismo estilo psicodélico que la camisa de seda que vestía, y por la que mostraba su bronceada piel. A la altura del cinturón dejaba ver un perfecto y redondo ombligo. Esa mujer, de melena larga, tirabuzones rubios y pómulos marcados, parecía sacada de una foto ibicenca de los años setenta, pero lo peor de todo era que ni se había disculpado por irrumpir en mi sana soledad. Perplejo ante la visita, clavé mis ojos en su rostro, a la espera de una reacción y de la llegada de mi trago. Enseguida supe que la mujer notaba mi recelo, no parecía dispuesta a disculparse por lo que había hecho.

La azafata regresó con un vaso de plástico con un hielo, una lata de agua tónica y una botellita de ginebra. Al ver a la pasajera, sus cejas se encogieron y su mirada se dirigió a mí.

–Gracias –dije, estiré el brazo para recoger mi pedido y le entregué un billete.

Del flirteo anterior solo quedaban cenizas.

La azafata continuó su camino hacia el otro extremo del avión.

Ante el silencio, destapé la botella. Después la lata de refresco, forzando el gaseoso sonido. Lo vertí todo junto al hielo, agarré el vaso y le di un trago. Sentí el amargor en mis papilas gustativas, el burbujeo tonificante y el poso dulzón del combinado, antes de dar lugar a la presencia de la ginebra. No era el mejor *gin tonic* que había probado, pero sí el mejor que tomaría allí dentro.

–¡Ah! –exclamé, lleno de placer después del trago y de un chasquido de lengua que oyeron hasta en la cabina de mando. Finalmente, conseguí que mi acompañante se moviera.

Harta de mi presencia, se volvió hacia mí.

–¿Puedes parar, por favor? –preguntó, molesta, bajando las monturas por el puente de la fina nariz y clavándome unos ojos tan verdes como el mar que había al otro lado de la ventana–. Intento dormir.

Esa mujer se había equivocado de fila y de acompañante.

–¿Por qué no lo haces en tu sitio? –pregunté, entornando la vista y dando un segundo sorbo a mi bebida–. Estaba muy tranquilo, disfrutando del viaje, hasta que has llegado tú... Ni siquiera me has preguntado.

–¿Acaso lleva tu nombre el asiento?

La contestación me resultó tan soberbia que preferí no seguir con la conversación. Una disculpa me habría bastado, pero parecía la clase de persona acostumbrada a que todo el mundo le lanzara pétalos de rosa al caminar.

Estaba cometiendo un error conmigo.

–Lamento decirte que aquí tampoco conciliarás el sueño –respondí y miré al frente pretendiendo ignorarla, para continuar haciendo ruidos.

La desconocida suspiró profundamente, se quitó las gafas y apretó los puños.

En mi enésimo trago, la miré de reojo y encontré un rostro abatido, destrozado por el cansancio, por una vida llena de kilómetros y falta de descanso. Empatiqué con ella, pues yo también había tenido momentos como ese y sabía lo que era odiar a la especie humana, aunque fuera por unas horas.

–Oye, mira, lo siento, de veras... –comentó, mostrándome las palmas de las manos a modo de sumisión–. Lamento haberme sentado sin avisar. No era mi intención molestarte, pero la señora que había a mi lado no paraba de roncar y no podía aguantarlo más.

–Disculpas aceptadas –dije, entregándole la pipa de la paz–. ¿Un trago? Puede que te ayude.

Sin palabra de por medio, sus falanges huesudas agarraron el vaso y después se bebió el contenido de un trago. Entonces me fijé en su largo cuello.

–Gracias –contestó, dejando el recipiente sobre mi muslo–. Estaba sedienta.

–No hace falta que me lo jures.

–Voy a pedir otro. Deja que te invite a uno, por las molestias.

–No es necesario, estamos a punto de aterrizar.

–¿Desde cuándo importa eso?

2

Esa dama tenía un nombre y era el de Claudia Miramontes, modelo de profesión y una bohemia aspirante a actriz que había subido en Madrid en el mismo avión que yo, tras un trasbordo que la había traído desde París. Los dos combinados corrieron por su cuenta. El mío duró un poco más que el suyo. El brebaje revitalizó sus facciones, así como una simpatía que había ocultado desde el principio.

La vida de la modelo era muy diferente a la mía.

La suya estaba llena de *glamour* y de momentos idílicos.

La de un servidor plagada de párrafos torcidos y páginas en blanco.

Pero lo que más me sorprendió era su viaje al Levante.

Sin menospreciar la tierra de mis amores, Alicante ya no era el lugar preferido de las estrellas para pasar sus vacaciones. En todo caso, la provincia era el escondite de los faros fundidos como yo. Miramontes tenía sus razones. El viaje no era por ocio, sino por negocios.

–Me ha salido un papel en un videoclip –comentó, sin dar más detalles sobre quién estaba detrás del proyecto.

Cauteloso, no insistí en el asunto y me quedé en lo superficial, remando con la corriente de las aguas de nuestra conversación.

–¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

La pregunta me dejó tan helado como el hielo del vaso de plástico.

En otra ocasión, en un pasado no muy lejano, me habría agriado su ignorancia. Pero los escritores tenemos la virtud de ofendernos por todo. Si el reconocimiento, cuando es vigente, ya duele, nadie puede imaginar lo doloroso que resulta ser un olvidado de la sociedad.

Con valentía y sin que se notara demasiado, me presenté con nombre y apellido y le expliqué que era periodista, aunque hacía tiempo que no me dedicaba a ello a jornada completa. Mi viaje a Madrid en busca de colaboraciones editoriales había sido un fracaso, pero me guardé esa anécdota para mí.

–Seguro que te he leído en alguna parte. Me suena tu nombre de algo.

–Puede ser... Soy como una gota de lluvia. Me oyes, sabes que existo, pero nunca ves exactamente dónde caigo.

Los efluvios del alcohol a tanta altura comenzaron a sacar una vena lírica que decidí posponer para otro momento. La charla se enfrió. Las azafatas recogieron la basura de los pasajeros y entendí que a la modelo le importaba más el esmalte de sus uñas que lo que tenía que contarle.

–Tengo que retirarle el vaso, señor –dijo la azafata que nos había atendido. Miramontes le dio el suyo, ya vacío.

Pegué el último trago y cuando se lo acerqué para meterlo en la bolsa, el hielo se deslizó, cayendo sobre el ombligo de la modelo.

–¡Oh! –gritó ella, sorprendida por el frío.

–¡Perdona! No era mi intención... –dije y le miré la tripa, totalmente plana como una tabla de cortar embutidos. Acerqué los dedos a su ombligo para retirar el hielo, pero la torpeza me jugó una segunda mala pasada y el cubo de hielo se deslizó hacia su entrepierna–. Esto...

–Déjalo, ya me encargo yo –contestó, deteniendo mi próximo movimiento y quitándose de encima el dichoso cubito.

Cansada de esperar, la azafata me miró con reproche y ordenó que nos pusiéramos los cinturones de seguridad. Levanté las manos como un niño travieso y asentí para regresar a mi asiento. Una vez que se marchó del pasillo, mi acompañante me dirigió la palabra:

—¿Eres siempre tan torpe o lo haces a propósito?

Por su tono de voz, supe que estaba poniéndome a prueba.

—Solo cuando me gusta una mujer.

Ella sonrió, pero no demasiado, y me enseñó una dentadura blanqueada.

—Buen intento, pero tendrás que esforzarte más con la próxima candidata.

Por el altavoz sonó la voz del piloto. El descenso comenzaba.

—¿Te quedarás mucho por aquí?

La mujer se recostó en el asiento, se puso las gafas de sol y miró al frente.

—No intentes buscarme.

* * *

El aterrizaje se realizó con normalidad y me sentí de nuevo en casa cuando vi las torres de control y los edificios de la terminal del aeropuerto de Elche-Alicante. Claudia Miramontes se despidió con un breve adiós que supo a poco y se metió en una cola de pasajeros ansiosos por evacuar la nave.

Me quedé pensativo, reflexionando sobre el ridículo que había hecho, pero no me arrepentí por ello. Sus curvas desaparecieron por la puerta delantera y lamenté la pérdida de otra aventura estival que había terminado antes de empezar. A pesar de los tropiezos sentimentales que la existencia me propinaba a menudo, todavía creía en las casualidades. Sentí la necesidad de buscar su nombre en Internet a través del teléfono, de saber más de ella,

pero puse freno a mis impulsos antes de caer en otra decepción. Era mejor así, me dije, y supe que la olvidaría en cuanto pusiera los pies en las calles de la ciudad y me fijara en otro rostro.

Cuando bajé las escaleras del avión, noté el tórrido aire mezclado con la humedad de la costa y ese olor a salitre tan común en el Levante. La sensación de encontrarse de nuevo en el hogar no tenía por qué ser agradable, pero resultaba reconfortante.

Con un mar de dudas en la cabeza sobre cómo gastaría las siguientes semanas de un verano aburrido en la capital de la provincia, caminé por el pasillo que llevaba a los pasajeros hacia la recogida de maletas. Mi viaje había sido tan breve que no cargaba con equipaje. Busqué sin éxito el rostro de la mujer entre el resto de los pasajeros que esperaba a que la cinta se pusiera en marcha, pero no la encontré por ninguna parte. Desairado, abandoné el aeropuerto y me dirigí a la parada de taxis que había en el exterior.

—¿A dónde lo llevo?

—A mi casa, a no ser que tenga una idea mejor.

3

La ciudad de mis amores brillaba como una carretera recién asfaltada, humeante y llena de matices incapaces de apreciar en la distancia.

Me abandoné a la sensación de estar abrazado por las palmeras que decoraban el trayecto, por los viandantes que cambiaban de vestimenta a medida que nos alejábamos del mar y nos adentrábamos en el centro de la ciudad. Los rostros sudados de los oficinistas embutidos en sus trajes, los vestidos veraniegos, y la algaraza de las turistas americanas que convertían sus vacaciones en una película romántica de Hollywood. A medida que subíamos hacia la Plaza de Toros de Alicante, el panorama era bien diferente, los viandantes se transformaban en seres molestos por trabajar bajo un sol infernal, deseando estar en otra parte, a la espera de que su pausa llegara.

Alicante era una de esas ciudades que solo descansaba en invierno, si es que lo hacía, y en la que resultaba imposible que todo el mundo estuviera de buen humor a la vez. Si en verano nos quejábamos por el calor, en invierno lo hacíamos por la fuerte humedad y la ausencia de turistas. El mar formaba el carácter, y la sal, como muchos otros aspectos de la vida, nos oxidaba más rápido que al resto, igual que sucedía con los bajos de los coches.

Pagué al taxista, me apeé del vehículo y encontré el apartamento tal y como lo había dejado: destartalado y con la nevera vacía.

Subí las persianas del salón, abrí la ventana para que la corriente aireara las habitaciones y miré a la balda de libros escritos por mí, polvorienta e intacta.

–Con lo que tú has sido, Gabriel –murmuré.

No tuve tiempo a lamerme las heridas allí plantado. El teléfono me sacó del embrujo y puse la atención en el aparato. Al comprobar la pantalla, me pregunté quién querría saber de mí un jueves veraniego a primera hora de la mañana.

–Caballero al habla.

La voz carraspeó.

–¿Gabriel? Soy Esteban Ricarte, el subdirector de la revista Rockódromo.

Tragué saliva, extrañado, y caminé hacia la ventana en un acto inconsciente.

Tampoco recordaba haberles rogado hacerme un hueco en su publicación.

La revista Rockódromo era la versión cañí y la competencia directa de la famosa Rolling Stone, a diferencia de que esta última no tenía rival alguno en el país y no porque Rockódromo no lo hubiera intentado.

La publicación española era de sobra conocida en el sector editorial por la escasa calidad que ofrecía entre sus páginas, por los cuestionables reportajes que habían hecho sobre multitud de bandas en el pasado y por los zafios críticos musicales que ponían a caldo el panorama musical patrio. Pese a todo, la suerte les había acariciado el hombro y, poco antes de la quiebra total, la redacción de Rockódromo quedó absorbida por uno de los grupos de comunicación más grandes del país.

Sí, las incongruencias existen y aquella era una de ellas, pero su fortuna se debía a la cantidad de publicidad que metían entre líneas. Tal vez como revista no tuviera reconocimiento alguno, pero era una gran fuente de ingresos dentro de una industria que se apagaba lentamente.

–No recuerdo haberos llamado.